

món Favie, teniente coronel, y el mayor del mismo cuerpo don Ignacio Ayala, cuñado de Chovel, con otros cinco individuos. Y el 29 en la tarde se ahorcaron otras dos personas de cuatro que estaban sentenciadas, debiendo las otras dos su salvación á que en aquellos momentos se dejó oír un repique general que anunciaba la publicación del indulto¹.

Cumpliendo con el mandato de Calleja se procedió á recoger las armas que había en la ciudad y se procedió con tal rigor que se recogieron hasta los espadines de adorno que tenían puños de gran valor,² de todo lo cual se apoderó Calleja sin el menor pudor, y todos los espadines, entre los que iban dos del padre de don Lucas Alamán, según él mismo refiere, siendo Calleja virrey, se los dió en México al platero Vera, en pago de adornos de brillantes para su mujer³.

¿Y el señor Calleja llamaba bandidos á los insurgentes? ya se ve; también el señor Conde de la Cadena los llamaba lo mismo sin acordarse que él cargó con la vajilla de plata de una casa en donde se alojó, cuando se dirigía á Querétaro, pagando de esa manera el buen recibimiento que le hizo la dueña de la casa quien para agasajarlo le mandó servir la comida en su vajilla de plata, sin imaginarse siquiera que todo un *Señor Conde, Intendente de Puebla y Coronel* de los reales ejércitos de S. M., recompensara aquel buen recibimiento que se le hizo, despojando á la dueña de la casa de su valiosa vajilla.

¿Cuándo Hidalgo ó alguno de los jefes que lo acompañaban cometieron algún hecho semejante? Estos tomaban los caudales públicos, los de la iglesia y los de los españoles sus enemigos, porque tenían necesidad de ellos para los gastos de la guerra y por que estaban en su perfecto derecho para tomar de sus enemigos y opresores los elementos de que carecían, para sostener la guerra que habían emprendido por su emancipación; mientras que los jefes españoles á quienes

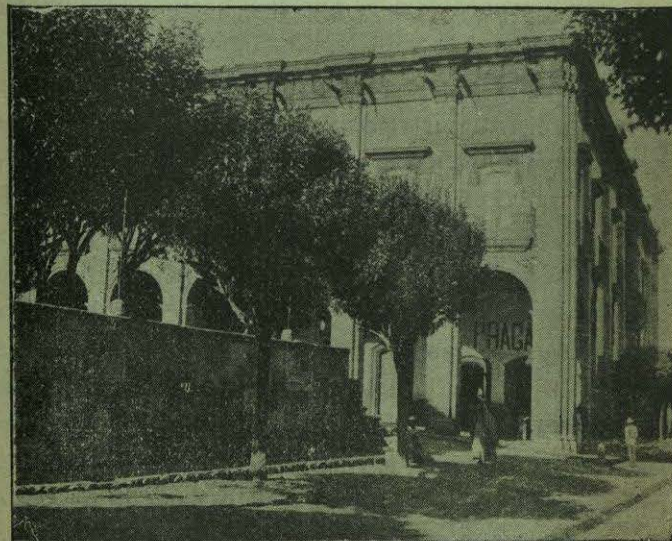
1 Alamán, T. II, págs. 47 y 48.

2 Cruz, en Huichapan, con el mismo pretexto de desarmar al pueblo recogió hasta los cuchillos de mesa, cucharas y tenedores entre los que había muchos de plata y recogió hasta las herramientas de los artesanos, y quemó el pueblo de San Miguelito, dejando el camino sembrado de cadáveres de todos los infelices que encontraba.

3 Bustamante, Cuadro Histórico T. I, pág. 4.

les sobraba dinero y toda clase de elementos ¿qué pretexto podían invocar para apoderarse de lo ajeno?

Las tropas indisciplinadas de Hidalgo saqueaban las poblaciones á donde entraban, siendo este impotente para contener él solo aquella inmensa turba que lo seguía; pero esos saqueos, aunque verificados por la plebe, se limitaban á las casas de sus enemigos los españoles y si á veces estuvieron tolerados por Hidalgo, obligado por la impotencia en que estaba para poderlos contener, jamás fueron autorizados ni mucho menos ordenados por él, como lo fueron por Calleja y Flon los de San Miguel y Dolores, siendo éstos mucho más censurables, por haber sido hechos por jefes y tropas disciplinadas.



SAN MIGUEL DE ALLENDE, (GUANAJUATO).
CASA DE DON NARCIZO M^o DE LA CANAL, CORONEL DEL REGIMIENTO DE
LA REINA, MANDADA SAQUEAR POR FLON.

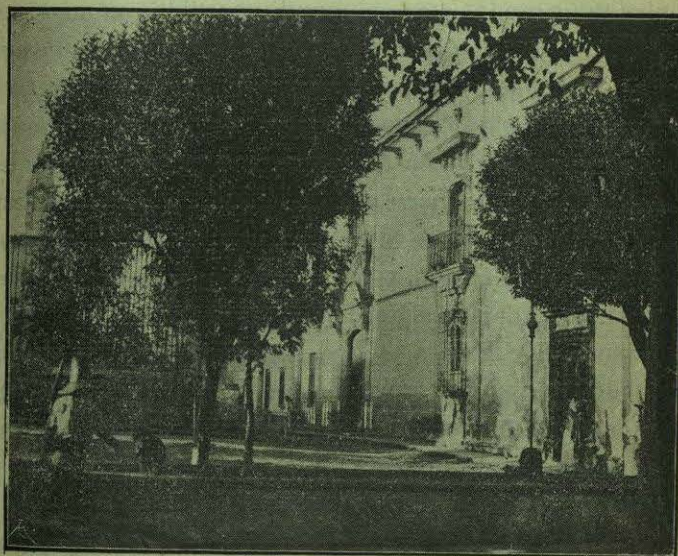
Hidalgo, desde que dio principio la revolución en Dolores hasta su regreso á Valladolid, no había fusilado ningún prisionero de guerra ni había mandado matar á ningún español de los muchos que tenía presos, y fue Calleja quien inició una guerra de exterminio mandando fusilar á los prisioneros de Aculco; así que, Hidalgo, ordenando los deguellos de espa-

ñoles en Valladolid, no hizo otra cosa que seguir el camino que le había enseñado Calleja; pero, más prudente que éste, mandó hacer esas ejecuciones lejos de poblado, y en secreto y en el silencio de la noche; mientras que Calleja y Flon hacían ostentación de los asesinatos que cometían á la luz del día y en las plazas públicas; verdad que el señor Alamán, tratando de disculpar á estos jefes españoles, dice que obraban por represalias, pero esas represalias en qué derecho las fandaban, en dónde ó por quién se ha definido alguna vez que el opresor obre justamente, tomando represalias del oprimido que pretende emanciparse del yugo con que lo oprime, á éste y no á aquel es á quién las leyes y la justicia le conceden el derecho hasta de matar en defensa propia y de sus intereses, y lo que en México hicieron los revolucionarios de 1810, no es ni comparable á lo que han hecho otros pueblos en las guerras que han emprendido contra sus opresores. Refiriéndose á este mismo asunto, en su Diccionario universal de Geografía é Historia, el sr. Orozco y Berra se expresa así: "Los bandos indisciplinados y rencorosos saqueaban las casas de los que creían sus enemigos; les daban despiadadamente muerte, si se quiere, y esto ni el número ni la precisión con que se ha escrito; las ciudades quedaban enteras los habitantes asustados; los desmanes cometidos eran idénticos á los que han tenido todas las guerras en que se quiere sacudir el yugo, las luchas que por presición deben ser á muerte; por que los bandos se dividen en señores y esclavos, en opresores y oprimidos, en tiranos y rebeldes. El ejemplo no es nuevo; la historia está llena de recuerdos de estas cosas, y aun más horrorosas y llenas de crímenes que lo pasado entre nosotros. Poner el grito en el cielo por que las revoluciones acarrearón desastres, es quejarse de lo imposible, gritar por ganar de hacer ruido. En México la industria, el comercio, la minería padecieron y casi se arruinaron; no fué por que las destruyeran los ladrones: era una consecuencia del estado de la guerra, donde quiera que se interrumpe la paz sucede otro tanto, aun cuando sea por motivo de una cruzada."

Que la guerra de independéncia iniciada por Hidalgo fue justa y necesaria; no soy yo, no es ningún mexicano quien lo afirma, es un ilustrado y respetable español contemporáneo

de Hidalgo y bien enterado de la historia, quien así lo afirma; el conde de Toreno, en su Historia de la Revolución, se expresa así:

"La emancipación de las vecinas colonias inglesas de la América del Norte, tan imprudentemente favorecida por Carlos III, vino á inflamar deseos y á avivar ambiciones que estaban en acecho, presentando á los más tímidos como ha cederó y glorioso, lo que sin ejemplo tan cercano y dichoso les hubiera parecido temerario. Experimentóse en seguida el gran sacudimiento de la revolución francesa, que envolvió



SAN MIGUEL DE ALLENDE. CASA DE ALLENDE.
MANDADA SAQUEAR POR FLÓN.

á la sociedad entera en una atmósfera ardiente, haciendo brotar ideas y sentimientos que reclamaban una pronta satisfacción y presentando en lontananza la brillante perspectiva de la libertad. Donde la distancia entre la idea concebida y la realidad presente fuera mayor, es consiguiente que crecerían en audacia las aspiraciones. A estas causas principales hay que añadir el influjo de horribles tradiciones cuidadosamente conservadas, las tropelías y depredaciones ejercidas á nombre de España, el afán de una rápida fortuna que llevaba allí á tantos aventureros, la misma prosperidad obrada por las reformas de Carlos III, el impulso dado á la instrucción,

“la lejanía de la metrópoli, impidiendo vigilar y *castigar abusos*
 “*que el favor encubría y dejaba impunes, etc.*”, y más adelante
 agrega: “Las causas de la emancipación, lo hemos visto ya.
 “eran más hondas, y PARA DECIRLO DE UNA VEZ, LA EMANCI-
 “PACIÓN ERA INEVITABLE, FORZOSA Y PROVIDENCIAL. No ad-
 “mire que así la calificuemos. Colonias reducidas podrán vi-
 “vir acaso eternamente sometidas al yugo en bien de la hu-
 “manidad, porque entidades demasiado pequeñas para ser
 “instrumento de algún fin social, es preciso que vivan subor-
 “dinados á ideas y tendencias más poderosas y trascendenta-
 “les. Pero colonias diez veces mayores que sus metrópolis,
 “colonias tan grandes como el mundo conocido, *colonias como*
 “*la América, insensato fuera el pensar tenerlas siempre subyuga-*
 “*das. Dios no había dejado aquella virgen del mundo en las tinie-*
 “*blas, para atraerla á la luz esclava; no la había dotado de tantas*
 “*riquezas y situado en medio de los mares aislada, sino para que*
 “*fuése independiente y viviese de vida propia.* El hombre tam-
 “bién nace y se desenvuelve en el seno materno hasta que,
 “completamente formado, viene al mundo para vivir más tar-
 “de por sí solo, cortado el cordón que lo nutriera, y sin otra
 “dependencia que la de la sangre, la gratitud, el amor; la úni-
 “ca dependencia en que debió quedar la América de España,
 “si la monarquía hubiese atendido las enseñanzas de la filoso-
 “fía, la naturaleza y la historia.”¹

Es tiempo ya de que volvamos á encontrar á Allende, á quien dejamos en marcha rumbo á San Felipe; mas como en esta parte de la historia los autores no están de acuerdo, pues mientras unos dicen que Allende se fue á reunir con don Rafael Iriarte en Zacatecas, otros niegan este hecho, no siendo ésta la única divergencia que notamos en los historiadores: nosotros copiaremos lo que refiere en su relación ya citada el general don Pedro García, que acompañaba á Allende y fue testigo presencial de los hechos, dice así:

“Llegó el señor Allende á la Villa de San Felipe con el poco
 “resto de tropa, que los adversos sucesos le habían dejado;
 “permaneció dos días, para que allí se reunieran los disper-
 “sos: se dió descanso, y se procuró surtirse de lo más nece-
 “sario para la marcha. Era el fin dirigirse á Aguascalientes,

¹ Historia de España. T. III, págs. 212 y 213.

“donde existía un jefe. (don Rafael Iriarte) á cuyas órdenes
 “se hallaba una bonita división de dos mil hombres de las
 “tres armas, con cuatro cañones, y un buen acopio de pólvora.
 “Este jefe había tenido orden anticipada del señor Allende,
 “de, para que con su división se acercara á las inmediaciones
 “de Guanajuato, para hacer uso de ella según conviniera en la
 “aproximación de Calleja; pero no cumplió con este mandato,
 “y esta falta ocasionó gran disgusto á Allende, quien pensaba
 “castigarlo. Se determinó la marcha, y se entró en un cami-
 “no sembrado de infortunios, que estaban en acecho, para
 “mortificar el espíritu siempre fuerte de aquellos hombres
 “singulares y esclarecidos. Se llegó á Aguascalientes; pero el
 “referido Iriarte, que supo que Allende se dirigía para aquel
 “punto y que temía encontrarse con él, con un pretexto cual-
 “quiera, salió de la población rumbo á Zacatecas, dejando en
 “la plaza unos pocos soldados, cuatro cañones y la pólvora de
 “que estaba elaborada una buena parte de cartuchos de fu-
 “sil. De todo esto tomó conocimiento el señor Allende; dió
 “sus órdenes á don José Camino, encargado del parque, para
 “que violentara este trabajo: se recogió lo que contempló útil,
 “envió correos á Iriarte, ordenándole su regreso, lo cual de-
 “seaba con empeño, porque intentaba detenerse en la pobla-
 “ción hasta su llegada: ésta no se había verificado después de
 “ocho días de espera. No quiso mientras tanto perder el tiem-
 “po en la ociosidad: ordenó que la poca tropa que había deja-
 “do Iriarte hiciera ejercicio todos los días: mandó que 900
 “hombres que lo acompañaban hicieran lo mismo: dispuso
 “que todos los oficiales sueltos que lo seguían se dedicaran al
 “ejercicio de artillería, sirviendo en su aprendizaje como sol-
 “dados; quiso acostumbrarlos al fuego de esta arma, para lo
 “cual se contaba con los cuatro cañones de á cuatro que ha-
 “bía en aquella plaza. Ordenadas así las cosas, se veían aque-
 “llos oficiales arrastrando sus cañones para el sitio destinado
 “al efecto. Este ejercicio por lo común lo presenciaban el señor
 “Allende, Aldama y otros jefes de importancia, principal-
 “mente cuando el ejercicio era de fuego. Esta fatiga se hacía
 “todas las mañanas hasta las diez, ó más tarde. Una mañana
 “de infausta memoria, y con motivo de recoger hatajos de mu-
 “las, para cargar cuanto había de llevarse para Guadalajara,
 “se había dispuesto salieran á este fin unas partidas de caba-

“lería para distintos rumbos, y por esa razón no salió toda la
 “tropa al ejercicio, sino sólo la artillería con los oficiales que
 “servían, y muchos por curiosidad. Estaban, pues, en su ocu-
 “pación, y extrañaban que el señor Allende no hubiera con-
 “currido, aun cuando le agradaba el ejercicio de fuego de ésta
 “arma. Serían como las diez de la mañana, cuando se oyó un
 “estruendo en la población. No se acertaba con el motivo, sin
 “embargo, de haberse sentido en aquel sitio un pequeño sa-
 “cudimiento. Muy pronto se salió de aquella incertidumbre,
 “cuando se observó una gran porción de humo muy denso y
 “oscuro, que se elevaba del centro de la población y aun se
 “advertían algunas vigas en la altura: semejante observación
 “dio motivo á que varios oficiales, con paso más que veloz, se
 “dirigieran á la Villa para informarse de aquel suceso: llega-
 “ron por fin para presenciar el cuadro más sorprendente y
 “aterrador: se incendió el parque y su explosión ocasionó
 “desgracias muy lamentables: se llevó muchos techos de ca-
 “sas de las principales: otras se desplomaron, cogiendo de-
 “bajo á muchas familias, sepultándolas entre sus escombros:
 “por donde quiera se oían los lamentos de la gente y niños
 “enterrados que aún conservaban la vida; por las calles y
 “principalmente por la calle de Tacuba, donde estaba el par-
 “que, estaba sembrado de destrozos; por aquí se veían cuer-
 “pos mutilados; por allá cabezas y brazos sueltos de oficiales
 “que aún conservaban sus divisas; caballos, mulas, hechos
 “pedazos, daban á conocer la voracidad de aquella explosión.
 “Se encontraban cadáveres bien distante de la población; por
 “último, la mayor parte de los edificios, hasta los suburbios
 “sufrieron más ó menos; pero todos resistieron aquel grande
 “y horroroso estrago. Hubo en esta catástrofe algunos casos
 “raros, uno de ellos fue, que el encargado del parque y de su ela-
 “boración: D. José Camiña, era de corporatura de hércules,
 “bastante grueso; y con todo, la fuerza de la explosión lo llevó
 “á tres manzanas de distancia, que era donde vivía; estam-
 “pando su cuerpo quemado en la mera puerta de su aloja-
 “miento. Otro caso y tal vez más digno de atención, fue el de
 “que Allende estaba alojado en una casa de alto á distancia de
 “una manzana, de donde fue el incendio; todas aquellas casas
 “inmediatas, y las que estaban á su frente, cayeron algunas
 “paredes y techos; más la habitación de Allende, Aldama y

“otros que lo acompañaban, no sufrió más que las roturas de
 “las vidrieras. Como era de esperarse los oficiales y soldados,
 “que habían escapado de tamaña desgracia, en unión de mu-
 “cha gente del pueblo, se dirigían en tropel, á la casa de su
 “benemérito caudillo para informarse si había sufrido alguna
 “desgracia. El referido los recibió con mucha bondad, enter-
 “neciéndose un tanto con aquella muestra de aprecio: les dió
 “las gracias de un modo muy expresivo, y los invitó á que le
 “ayudaran á la humanitaria obra de desaterrar á las familias
 “que habían quedado bajo los techos, cuyos lamentos partían
 “el corazón. Así fue, que á poco rato salió de la casa á la calle
 “seguido de aquella porción de gente, en unión de oficiales y
 “soldados, los distribuyó en grupos; se comenzó aquel lasti-
 “moso trabajo para aliviar de alguna manera á aquella gente
 “que sufría tan horrible desgracia: personalmente el señor
 “Allende trabajó con todos, en aquella ocupación tan humani-
 “taria. A pesar de que le urgía sobremanera dirigirse á Gua-
 “dalajara, quiso detenerse hasta no sacar de los escombros
 “cuanta gente pudiera salvar. Esta lastimosa operación duró
 “seis días, al cabo de los cuales se determinó la marcha que
 “estaba preparada: dejó las órdenes correspondientes á las
 “autoridades que tan bien se habían portado: encargó mucho
 “que se indagara el paradero de Iriarte, dejando á un tiempo
 “la orden, para que con la división que mandaba se dirigiera
 “á Guadalajara. La conducta de este jefe, cada vez más sos-
 “pechosa, llamaba la atención del Sr. Allende; y tanto mas
 “cuanto aquella división, bien equipada, que no había sufrido
 “ningún desastre, era sumamente necesaria para principio
 “del nuevo ejército, que pensaba formar nuevamente en Gua-
 “dalajara. No se consiguió al fin, porque Iriarte no cumplió
 “al fin la orden de Allende, ni tomó parte alguna en los acon-
 “tecimientos de la causa que se defendía.”

Hidalgo, llegó á Atequiza el 24 de noviembre, allí lo espe-
 raban veinticuatro coches con las autoridades de Guadalajara
 que habían salido á recibirlo y en su campaña pasó á San Pedro
 Analco á donde se le tenía preparada una espléndida comida,
 y en la tarde se presentaron los canónigos á felicitarlo.

El día 26 hizo su entrada á Guadalajara: la ciudad estaba en-
 galanada; más de cien coches formaban su comitiva y las ca-
 lles estaban pletóricas de gente. La fuerza de Torres formó

valla hasta la puerta de catedral donde el batallón provincial le hizo los honores de generalísimo, y el dean, que lo esperaba frente de un altar portátil que se había puesto en la puerta de la iglesia, le dio el agua bendita y conducido de allí al presbiterio tomó asiento bajo el dosel, y después del "Te Deum" fue á pie y en procesión hasta palacio, y en el salón principal, sentado bajo dosel, recibió las felicitaciones de las autoridades y corporaciones cuyas arengas contestaba, haciendo ostentación de su talento y dotes oratorias.

Dice Alamán que desde que salió Hidalgo de Valladolid lo acompañaba una joven con uniforme de capitán y montada á caballo, la que la gente creía que era Fernando VII que se había escapado de Francia, ésta joven, dice el mismo autor que entró á Guadalajara en un coche con las cortinas cerradas, escoltada por gran número de lanceros, cuatro días después de haber llegado Hidalgo á aquella ciudad, y que en la noche, vestida ya con el traje de su sexo, se la condujo con todo secreto al beaterio de Santa Clara.

Cree el señor Alamán que esta joven misteriosa era una ahijada de Hidalgo ó mejor dicho una hija que este había tenido en la mujer de un español; pero don Pedro González, en sus apuntes históricos de Dolores, refiriéndose á la información mandada levantar por la inquisición en Querétaro dice: "en cuanto á la aserción del testigo Br. don Sebastián de la Fuente de que en la casa de don Mariano Servín de la Mora, de Salvatierra, fue alojada una niña de apellido Natera, diz que amasiada del cura Hidalgo; creemos nosotros, que dicha niña era sin duda la Capitana que en una de sus cartas cita la señora de Abasolo, llamada Gabina, heroína de Granaditas, compañera del ejército insurgente, hasta su destrucción en Baján, de donde fue remitida á Guanajuato, para que se le juzgara; cuya causa original pára actualmente en poder de la familia del señor Lic. don Diódoro Jiménez, pariente inmediato del señor Pbro. D. Benito Natera."

Por mi parte, tanto por este relato del Sr. González como por la carta de la señora de Abasolo á que se refiere, creo que esta señora anduvo en efecto con Hidalgo vestida de hombre, pero no fue la misteriosa joven á que se refiere Alamán, pues esta, según creo, fue la hija de Hidalgo, doña Agustina, que fue la que este dejó en el convento de Guadalajara, pues des-

de que el abandonó aquella ciudad ya no volvió á saberse de la *Fernandita*; mientras sí hay noticias de que la capitana siguió todavía con el ejército hasta que fue aprehendida; pero no creo que lo haya sido en Baján, como lo dice el señor González, pues por una parte, no figura su nombre en la lista de los presos en Baján, y por otra, en la carta de la señora de Abasolo, la que le dirige á su esposo al Saltillo y fue escrita antes de los acontecimientos de Baján, dice; *que la capitana que traía Hidalgo vestida de hombre y hoy está en las arrecogidas de aquí!* esto es, en San Luis Potosi, en donde ella escribió su carta, y si en esa época estaba ya presa la capitana, es evidente que no acompañó á Hidalgo hasta Baján ni fue por consiguiente, de los prisioneros que allí hizo Elizondo.

Organizó Hidalgo su gobierno nombrando ministro de "gracia y justicia" y presidente de la Audiencia de Guadalajara, al joven abogado don José María Chico, oriundo de Guanajuato, y nombró secretario de Estado y del Despacho al Lic. don Ignacio López Rayón, que, como hemos visto, se le incorporó en Maravatío á su paso para Toluca y desde luego lo nombró su secretario.

El día 12 de diciembre llegó Allende á Guadalajara y fue recibido por Hidalgo con gran pompa y marcadas muestras de aprecio, sin manifestarse ofendido por las disenciones que había entre ambos.

El día siguiente, 13 de diciembre, de común acuerdo Hidalgo y Allende, nombraron "plenipotenciario y embajador" en los Estados Unidos al joven botánico guatemalteco don Pascacio Ortiz de Letona, dándole amplísimos poderes para que ajustara y arreglara con el gobierno de aquella nación una alianza ofensiva y defensiva, tratados de comercio útil y lucroso para ambas naciones y cuanto más conviniese á la felicidad de ambas. Este nombramiento, lo firmaron Hidalgo, Allende, los Ministros y la Audiencia; pero la misión de Letona fracasó, porque habiéndose este dirigido á Veracruz en busca de algún buque en que hacer su viaje á Estados Unidos, al pasar por el pueblo de Molango como le faltara moneda de plata para sus gastos se vió precisado á cambiar una onza de oro, por lo cual y por caminar solo se le hizo sospechoso á la justicia de aquella población de la Huasteca quien lo mandó aprehender, y registrado su equipaje se le encontró

oculto en los lomillos de la silla de su mula el nombramiento de embajador, por la que se lo remitió á México, pero al aproximarse á la capital se envenenó con un tóxico que llevaba oculto y su cadáver fue sepultado en la Villa de Guadalupe.

Con la toma de Guadalajara, se hizo Hidalgo de uno de los elementos más poderosos para fomentar y propagar la revolución, apoderándose de la imprenta que allí había, la que aprovechó desde luego haciendo publicar un periódico con el nombre de: "El Despertador Americano" de cuya redacción encargó al Dr. Maldonado; hizo imprimir y circular con profusión la contestación que en Valladolid dio al edicto de la inquisición, y multitud de proclamas y decretos. Se dedicó empeñosamente á aumentar y organizar su ejército para ponerlo en condiciones de afrontarse con el de Calleja que esperaba lo atacaría en breve.

Mandó traer de los almacenes de San Blas grande acopio de municiones y cañones de cuya operación encargó á don Rafael Maldonado, quien á fuerza de constancia y trabajo, pudo hacer conducir hasta Guadalajara muchas piezas hasta del calibre 24, venciendo los grandes obstáculos que se le presentaron para hacerlas pasar por las barrancas de Mochitliltic.

Además de la mucha gente que ya tenía reunida Torres, hizo que se reuniera cuanta más fuera posible, y entre ella vinieron siete mil indios flecheros de Colotlán, al mando de don José María Calvillo; para armar tanta gente se mandaron construir lanzas, granadas de mano y unos cohetes con una lengüeta de fierro para lanzarlos contra el enemigo.

En el sostenimiento de esta gente y en los gastos que se hacían para armarla y municionarla se invertían más de treinta mil pesos diarios, para lo cual ocupó Hidalgo todos los fondos del gobierno, los de catedral, los de las cofradías piadosas y los de los españoles, ofreciendo que todos estos fondos los pagaría la nación.

A la vez que se ocupaba del aumento y organización de la tropa, se ocupaba también de los asuntos del gobierno. Publicó un decreto, dando libertad á los esclavos y prohibiendo la esclavitud; mandó que las tierras de comunidad de los pueblos sólo fueran cultivadas por los indios; extinguió los tributos, estanco de la pólvora y papel sellado, y expidió un decre-

to prohibiendo bajo severas penas el tomar bagajes, pasturas y otros objetos de las fincas de americanos.

Ya en Guadalajara se le daba á Hidalgo el tratamiento de altesa serenísima, tratamiento que, según dice Bustamante, el primero que comenzó á dárselo desde Zamora, fue el oidor español don Juan José de Sauza; pero Hidalgo dice, contestando á la primera pregunta que se le hizo en su causa: "Que el tratamiento de Excelencia se le convirtió después en el de Alteza, que unos le daban simple y otros con el aditamento de Serenísima, pues así este tratamiento como el de Excelencia, se lo dieron arbitrariamente y sin orden ni acuerdo formal precedente." ¹

El día 12 de diciembre dieron principio las ejecuciones de españoles, como se había hecho en Valladolid, en la noche de ese día fueron sacados de su prisión que lo era el colegio de San Juan, por Alatorre y Marroquín, de orden de Hidalgo, cuarenta y ocho españoles los que llevaron hasta San Martín, dos leguas distante de Guadalajara, y allí los degollaron dejando sus cadáveres sepultados en un hoyo que hicieron para ese fin.

A esta primera ejecución siguieron otras varias, siendo los ejecutores de ellas: Alatorre, Agustín Marroquín, Vicente Loya, Muñoz, el coronel Vargas y el capitán Cajiga. El número de ejecutados dice Hidalgo, contestando en su causa á la pregunta 16, que fueron trescientos cincuenta, su hermano don Mariano dice que fue una multitud y Chico y otros procesados declaran que fueron muchos sin determinar el número.

Bustamante dice que estas matanzas fueron motivadas por una conspiración que descubrió entre los presos en combinación con un religioso dieguino y un lego carmelita; pero Hidalgo en su causa no dice nada de esto y por el contrario dice que no se les formó proceso, por que no había de qué.

Entretanto que estas cosas pasaban, Allende se ocupaba de preparar un crimen más, el de envenenar á Hidalgo. Cuando llegó á Guadalajara fue á ver al Dr. Maldonado y le preguntó porqué ya no se mentaba el nombre de Fernando VII en el periódico "El Despertador Americano" que él redactaba, á lo que

¹ Hernández Dávalos. Documentos, T. I, pág. 8, 1ª columna.

le contestó que por que eso no le parecía á Hidalgo; y entonces consultó Allende con el mismo Dr. Maldonado y con el gobernador de la mitra Gómez Villaseñor, si sería lícito darle un veneno á Hidalgo, para cortar en él esta idea suya y los muchos males que por su orden se ejecutaban y, habiendo aprobado su idea estos señores, compró el veneno y lo repartió entre él, su hijo Indalecio y Arias, para que cualquiera de los tres lo aprovechara en la primera oportunidad que se les presentara, lo que no llegó á presentárseles, porque Hidalgo andaba siempre muy desconfiado.¹

Hidalgo tuvo noticias de los progresos que hacía la revolución en San Luís Potosí y las provincias comarcanas y dió el mando de ellas á don Mariano Jiménez, quien marchó al Saltillo, á donde luego lo seguiremos nosotros, con un ejército de diez ú once mil hombres.

Supo Hidalgo que se movían contra él Calleja que venía de León y Cruz del rumbo de Toluca, y para resolver lo que debería hacerse en tal situación, reunió una junta de guerra y ante ella expuso su plan que consistía en marchar con el grueso de su ejército al encuentro de Calleja; tomar á éste al mismo tiempo por la retaguardia, moviéndose al efecto Iriarte con la gente de Zacatecas, é impedir la reunión de Cruz con Calleja, situando en el camino que aquel debía seguir un cuerpo de tropas suficientes para embarazarlo. Allende por el contrario, teniendo á la vista los resultados de las acciones de las Cruces. Aculco y Guanajuato, no quería aventurar otra, no confiando en las tropas que tenían, por grande que fuese su número y mucha su artillería, y juzgaba más prudente dejar entrar á Calleja libremente en Guadalajara, y dividiendo en varios trozos el ejército independiente, hostilizar al realista en diversas direcciones y ocupar á Querétaro ó retirarse con todas sus fuerzas á Zacatecas. Hidalgo sin duda tenía en consideración la dificultad de movilizar una masa de gente indisciplinada; la probabilidad de que se desbandase, dividiéndola en varios trozos; la casi certidumbre de perder la numerosa artillería que tenía reunida; el menoscabo de su crédito abandonando á Guadalajara, y la falta de recursos si se perdía aquella capital: razones todas de mucho peso, aun-

¹ Declaración de Allende en su causa.

que también lo tenían y acaso mayor, las que asistían á Allende, para no arriesgarlo todo en una acción, cuyo éxito temía fuese funesto. La junta se decidió por la opinión de Hidalgo y se tomaron las disposiciones que eran consiguientes. En ejecución de lo dispuesto por Hidalgo, se situó ventajosamente en el puerto de Urepetiro á cuatro leguas antes de Zamora, para impedir á Cruz aquel paso difícil, un cuerpo de diez á doce mil hombres con veintisiete cañones, mandado por el cura de la Piedad Macías y por D. Ruperto Mier, capitán que había sido del regimiento de infantería de Valladolid, á quien Hidalgo hizo coronel en su entrada en aquella ciudad, dándole un regimiento que organizar, aunque sin más armas que 80 fusiles descompuestos.¹

Cruz, salió de Tlazazalca el día 14 y, al llegar al puerto de Urepetiro, vio que la fuerza de Mier ocupaba aquella ventajosa posesión; pero sin detenerse dispuso el ataque y venciendo los muchos obstáculos que presentaba el terreno, dispuso atacar á un tiempo las diversas posiciones que ocupaban los insurgentes y en hora y media de combate, quedó dueño del campo y de toda la artillería y bagajes de los insurgentes que huyeron hácia Zamora, habiendo perdido seiscientos hombres.

Sin embargo este desastre de su ejército fue favorable á Hidalgo, puesto que lo que pretendió era que Cruz retardara su marcha y no se uniera con Calleja, con la oportunidad debida, lo que consiguió, pues sin embargo de no haberse detenido Cruz ni á levantar el campo, dejando esa comisión encomendada á Trujillo, tuvo la necesidad de detenerse en Zamora para reponer sus cureñas y dar algún descanso á su tropa, y esto le impidió haber llegado al puente de Guadalajara en el día señalado por Calleja.

El día 26 de diciembre, habiendo tenido Hidalgo noticia de la derrota de Mier en Urepetiro, resolvió salir á atacar á Calleja antes de que Cruz pudiera reunírsele y con este fin levantó su campo del puente de Guadalajara para ir á ocupar la ventajosa posición del puente de Calderón antes que Calleja lo ocupara ó lo pasara para llegar á Guadalajara.

Le dejaremos la palabra al señor Alamán para el relato de esta importante batalla en la que se decidió la suerte de Hi-

¹ Alamán. T. II. pág. 88.

dalgo y de los caudillos que lo acompañaban desde Dolores, dice así este respetable autor:

“Amaneció el día 17 de enero de 1811, y con su luz se dejó
 “ver el ejército de Hidalgo ocupando una loma escarpada de
 “bastante elevación, que corría á la izquierda del arroyo que
 “lo separaba de los realistas en la longitud de tres cuartos de
 “legua, hasta descender á un llano ó plano inclinado de gran-
 “de extensión, donde se hallaba reunida la principal fuerza:
 “en lo alto de la loma estaba colocada una batería de sesenta
 “y siete cañones, apoyada su espalda en una barranca pro-
 “funda y flanqueada por sus costados por otras baterías me-
 “nores, que á distancias iguales la defendían y abrazaban to-
 “da la circunferencia del terreno por donde debía pasar el
 “ejército real, intermediando, además, el arroyo ó barranca
 “que corría en la dirección de este á sudoeste sin otro paso
 “que el puente, descubierto á todos los fuegos de las baterías
 “de todos los insurgentes. Calleja resolvió atacar esta formi-
 “dable posición con sólo su ejército, sin esperar la llegada del
 “de Cruz, ya fuese para no dar á Hidalgo tiempo de reunir
 “mayores fuerzas, como él dice en su parte oficial, ó, como en-
 “tonces se sospechó, por no partir con otro la gloria del triun-
 “fo, aunque éste se presentaba tan difícil, que más que temer
 “rivales parece que debía desear colaboradores. Su plan de
 “ataque, concebido sobre el conocimiento que las batallas an-
 “teriores le habían dado de la inamovilidad de las masas in-
 “disciplinadas de los insurgentes, que esperaban en la posi-
 “ción que una vez tomaban el ataque de sus contrarios, de-
 “jando á éstos la ventaja de elegir el tiempo y el lugar, y de
 “multiplicar sus fuerzas con la destreza de las evoluciones,
 “se redujo á que el conde de la Cadena, con una división que
 “puso á sus órdenes, atacase por la izquierda, aguardando el
 “movimiento que el mismo Calleja haría por la derecha con
 “el resto de las fuerzas, para caer después ambos á un tiem-
 “po sobre la gran batería, situada en lo alto de la loma. Mar-
 “chó en consecuencia Flon á ejecutar la parte que de este
 “plan le correspondía, con el regimiento de infantería de la
 “Corona, á cuya cabeza estaba su coronel D. Nicolás Ibarri,
 “y la caballería de la ala izquierda, compuesta del regimiento
 “de dragones de México, que en este día estuvo á las órdenes
 “del capitán barón de Antoneli (e.), por haber tomado el man-

“do de la ala derecha el coronel de este cuerpo Emparán; el
 “de Puebla, y un piquete del de Querétaro, á los que después
 “se reunió el de San Luis, mandado por el marqués de Gua-
 “dalupe Gallardo, el conde de San Mateo Valparaíso y el ma-
 “yor Tobar. Llevaba esta división cuatro cañones, y habien-
 “do atravesado el arroyo por el pase que la noche anterior
 “había encontrado Linares arriba del puente, comenzó á su-
 “bir la loma, defendida por gran número de independientes
 “con cuatro cañones; los de los realistas, teniendo que ser lle-
 “vados á mano por la fragosidad del terreno, no podían seguir
 “el paso de la infantería, por lo que Flon atacó con sólo ésta
 “el grueso de enemigos que tenía á su frente, lo desalojó de su
 “posición y le tomó los cuatro cañones que tenía y un carro
 “de municiones. Llegó entre tanto la artillería, por el empe-
 “ño y la actividad del conde de casa Rul, coronel agregado al
 “regimiento de la corona, y rompiendo inmediatamente el
 “fuego sobre los enemigos, éstos se vieron obligados á retro-
 “ceder, perdidas sus baterías, hacia el cuerpo principal de su
 “ejército.

“Al mismo tiempo Calleja, con el resto del suyo, se movió
 “sobre el puente, sosteniendo con el fuego de su artillería la
 “subida á la loma de la columna de la izquierda, en cuyo auxi-
 “lio destacó la compañía de gastadores de la Columna de gra-
 “naderos, al mando de su capitán D. José Ignacio Vizcaya,
 “dándole orden de unirse á aquélla, lo que verificó con mucha
 “bizarría, arrojando el ataque de gran número de insurgen-
 “tes que intentaron cortarla, á los que rechazó, proveyendo-
 “se de cartuchos de sus cadáveres y tomándoles dos cañones.
 “Calleja, examinando de más cerca las dificultades que el paso
 “del puente ofrecía, se adelantó por la derecha situándose
 “con parte de su fuerza en una pequeña altura, desde la cual
 “rompió el fuego sobre una batería que los contrarios tenían
 “á su izquierda, mientras que el coronel Emparán, con un es-
 “cuadrón de dragones de España y el regimiento de San Cár-
 “los, avanzaba por el camino antiguo, dando vuelta para coger
 “al enemigo por la espalda, y el coronel Jalón, con el primer
 “batallón de granaderos, el de patriotas de San Luis y cuatro
 “escuadrones de lanceros, mandados por Pesquera, Collado,
 “Armijo y Orrantía, bajo las órdenes del capitán Meneso,
 “atravesaron el arroyo, no obstante el vivo fuego de la artille-